

Primer plano a la conciencia

Marina Kabat

Una vez más presentamos en la Biblioteca Militante un texto clásico de la historia de la clase obrera nacional. *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo* estudia un período crucial, que va desde la creación de la CGT en 1930 hasta el 17 de octubre y la emergencia del peronismo. Obra de referencia obligada, ha sido constantemente empleada como fuente de información empírica reproducida o reelaborada por otros autores. Sin embargo, sus tesis principales y muchos de sus hallazgos parecieran no ser tenidos plenamente en cuenta en obras editadas en el último tiempo.

En gran medida esto se explica por el giro posmoderno de la historiografía argentina. Este vuelco no sólo implicó un abandono de estudios estructurales, sino también de aquellos consagrados al análisis de la ideología. El estudio de programas políticos y del desarrollo de diversas formas de la conciencia del proletariado fue remplazado por la indagación de “prácticas culturales”. La microhistoria tuvo su parte, pues ya no se trata de estudiar las grandes orientaciones del movimiento obrero, sino el microcosmos personal de este o aquel sujeto entrevistado por el historiador.

En el caso puntual de la obra de Matsushita se agrega otro fenómeno: muchos de sus hallazgos pueden incomodar tanto al público

peronista como a la audiencia de izquierda. Ni el peronismo gusta hoy de recordar que no solo anarquistas y socialistas se oponían al proteccionismo, sino que también lo hacía la corriente sindicalista, que consideraba a todos los patrones por igual, pequeños o grandes, nacionales o extranjeros, pues todos explotaban al obrero. Ni a la izquierda le satisface reparar en el hecho de que el mismo comunismo educó a la clase obrera en el nacionalismo y el reformismo al abogar por el proteccionismo industrial y por la alianza con el pequeño empresariado nacional frente a los monopolios extranjeros.

El gran debate

Muchos historiadores o sociólogos parecen incapaces de concebir la posibilidad de transformaciones de la conciencia de los trabajadores. En consecuencia, cada vez que se constata un cambio en la orientación ideológica del proletariado, este es adjudicado a la emergencia de trabajadores de nuevo tipo. David Rock asocia el ascenso del sindicalismo con el incremento numérico de los trabajadores nacidos en el país, vinculación que Matsushita relativiza en esta obra.¹ Por su parte, Brennan relaciona el desarrollo del clasismo cordobés, entre otros fenómenos, con el arribo a la capital provincial de migrantes rurales escasamente peronizados.²

En esta misma lógica, ya Germani planteaba que los migrantes recientes del interior constituían una nueva clase obrera portadora de valores tradicionales que iba a apoyar a Perón. Para Germani, ella se oponía en términos radicales con la vieja clase obrera, de más largo arraigo y origen extranjero. Esta, proveniente de la vieja Europa, había traído al país su cultura política y las tradiciones socialistas y anarquistas. Los nuevos migrantes, en cambio, carecerían

¹Rock, David: *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Amorrortu, Buenos Aires, 1977.

²Brennan, James: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1996.

de tradiciones sindicales y políticas previas. De su procedencia rural Germani deduce que estarían acostumbrados a relaciones paternistas. En las ciudades, su dificultad para adaptarse al medio urbano y a los acelerados cambios reforzaría su interés por reproducir este tipo de vínculo. De esta manera, estos nuevos contingentes obreros conformarían *masas disponibles* a la espera de un líder carismático que decidiera instrumentarlas políticamente.

La nueva clase obrera sería refractaria al discurso internacionalista y las prácticas políticas de los viejos sindicatos. Hasta el momento en que Perón como titular de la Secretaría de Trabajo y Previsión buscara ganar su adhesión, ella no habría sido interpelada positivamente por otros actores sociales. Carente de experiencia política, la nueva clase obrera, de algún modo, se habría arrojado a los brazos del primer candidato que le formulara promesas de amor. Dada su inexperiencia e ingenuidad y el carácter emotivo de la elección, esta entrega era incondicional y la clase obrera perdía con ella todo atisbo de autonomía.

En esta mirada, el grado de disciplinamiento de la clase obrera bajo el peronismo sería casi absoluto, y solo se vería conmovido cuando se pusieran en acción fracciones de la vieja clase obrera como los trabajadores ferroviarios. Mientras que el poder de negociación del movimiento obrero aparece reducido a su mínima expresión, a la inversa, el rol de Perón se ve agigantado: todo lo ocurrido en el proceso histórico desde el golpe de 1943 sería el producto de su clarividencia y genio político. Como si Perón hubiera podido elegir libremente, sin ningún tipo de condicionamientos, cada uno de sus movimientos.

Paradójicamente esta lectura es seguida a pie de juntillas por autores marxistas como Laclau (cuando todavía reivindicaba esta filiación teórica) y Milciades Peña.³ En un texto de fines de los setenta, Laclau parte de los estereotipos sobre los inmigrantes cons-

³Peña, Milciades: *Historia del pueblo argentino*, Emecé, Buenos Aires, 2012, pp. 470-471.

truidos por Germani, pero invierte la carga valorativa. Para Laclau, los inmigrantes europeos habrían naturalizado al liberalismo porque les recordaba a la vieja Europa que dejaron atrás (algo llamativo si se considera que la mayoría provenía de países como España o Italia, donde la cultura e instituciones liberales no tenían fuerte arraigo). Las ideologías obreras de las primeras décadas del siglo veinte habrían combinado este liberalismo importado de Europa con un, para Laclau, estrecho reduccionismo clasista que desdeñaba las demandas popular-democráticas. Según Laclau, el comunismo habría mantenido el liberalismo y reforzado el reduccionismo clasista. Estas ideologías obreras supuestamente liberales, clasistas y refractarias a lo popular-democrático entrarían en crisis con el arribo de un nuevo proletariado llegado del interior del país, ajeno al reduccionismo clasista y con un discurso popular democrático y nacionalista.⁴

Son Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero quienes, con la publicación de *Estudios sobre los orígenes del peronismo* en 1971, dan inicio al debate. Su crítica se dirige, fundamentalmente, contra dos tesis de Germani, a saber: la fractura entre nueva y vieja clase obrera y el carácter emotivo de la adhesión de esta última al peronismo. Murmis y Portantiero señalan que las migraciones internas se producen desde la década del veinte y, por ende, cuando Perón inicia sus intentos de cooptación, los migrantes ya llevaban más de dos lustros viviendo en el ámbito urbano. Este tiempo fue suficiente para que desarrollasen una experiencia en común con la vieja clase obrera durante la década del treinta. En los '30 la producción industrial del país crece, pero lo hace sobre la base técnica ya existente. Esto significa que no hay aumentos de la productividad por incorporación tecnológica, sino que se produce más con las mismas máquinas. Las fábricas incorporan más turnos, pero también aceleran los ritmos de trabajo e incrementan la jornada laboral de

⁴Laclau, Ernesto: *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1978.

los obreros que ya empleaban. Este aumento de la intensidad del trabajo se ve favorecido no solo por la amenaza del desempleo que la crisis cierne sobre los obreros, sino también por la feroz represión acometida por el gobierno dictatorial de Uriburu contra los sindicatos. Por otra parte, la sucesión de gobiernos militares con otros que se pretenden democráticos, pero que acceden al poder merced al fraude dan forma a un sistema de exclusión política.

Para la vieja y nueva clase obrera, fundidas en la común experiencia de la explotación y de la exclusión política, el apoyo al peronismo es una opción racional. Por una parte, lograrán el acceso a la ciudadanía política y, por otra, una reducción de los niveles de explotación.

Murmis y Portantiero niegan la existencia de una fractura entre vieja y nueva clase refutando la caracterización que Germani hace de esta última al señalar que los migrantes recientes no lo eran tanto y, por ello, ya tenían una experiencia en común con los viejos obreros. Contribuciones posteriores reforzaron esta línea al cuestionar otras de las cualidades que Germani le había atribuido a la nueva clase obrera. Un elemento importante es que las migraciones no procedían de las zonas marginales del país, sino del litoral donde el agro tiene relaciones plenamente capitalistas. En este sentido, Eduardo Sartelli en un libro de esta misma editorial *-La sal de la tierra-* destaca que la procedencia rural no significa ausencia de experiencia sindical. La obra de Sartelli da cuenta de la vigorosa tradición de lucha con la que contaban los obreros rurales. Lejos de las relaciones paternalistas y la inexperiencia política que Germani les atribuía, estos trabajadores protagonizaron multitud de huelgas que siguieron los mismos ciclos que en el ámbito urbano. La organización gremial y el desarrollo de los movimientos reivindicativos estuvieron atravesados en el campo por una disputa programática idéntica a la que se observa en las ciudades, pues se encontraban presentes las mismas tendencias políticas (anarquistas, sindicalistas revolucionarias, etc.) que aparecen en el ámbito

urbano. De esta manera, cuanto más profundo se indaga, más se diluyen las particularidades de la supuesta nueva clase obrera. Por su parte, también la descripción que Germani hizo de la vieja clase obrera debió ser matizada. Distintos autores dirigieron su mirada hacia la década del treinta y mostraron que muchos elementos que eran considerados novedosos y un producto exclusivo de las nuevas capas trabajadoras que apoyaron a Perón, ya se encontraban presentes con anterioridad.

En resumen, ni la vieja ni la nueva clase obrera responden a las características que Germani les adjudicada y ambas convergen en su apoyo al peronismo. Más aún, como ya lo destacaron Murmis y Portantiero, la vieja guardia sindical, aquella que dirigía el movimiento obrero hacia 1943, constituyó uno de los primeros apoyos que Perón recibió. En otro libro de esta colección, *La vieja guardia sindical y Perón*, Juan Carlos Torre reconstruye la historia de ese vínculo, desde los primeros intentos de acercamiento a los dirigentes sindicales por parte de la Secretaría de Trabajo y Previsión, hasta la disolución del Partido Laborista, la organización creada por la vieja guardia sindical que apoyaría la candidatura de Perón en las elecciones de 1946 y que pretendía tener una gravitación importante y duradera en la vida política del país.

El peronismo prefigurado

Si, como demuestran los autores revisionistas, Perón recibe el apoyo de la vieja clase obrera, entonces este apoyo debe ser explicado. Se abren dos alternativas distintas. La primera implica asumir que la clase obrera argentina siempre fue reformista y que tempranamente abrazaba varios componentes ideológicos de lo que luego sería el peronismo, tal el nacionalismo. Un camino diferente conduce al estudio de los cambios ideológicos del movimiento obrero que vuelven factible su posterior adscripción al peronismo. Este es

el camino desarrollado por Matsushita, pero veamos primero las tesis que se propone discutir.

El ensayo de Murmis y Portantiero consta de dos partes. La segunda, dedicada al movimiento obrero en los orígenes del peronismo, es la más conocida. Sin embargo, la primera parte, “Crecimiento industrial y alianza de clases en la Argentina (1930-1940)”, resulta igualmente importante ya presenta la interpretación más general de los autores sobre el peronismo, en tanto conformación de una alianza entre sectores industriales, personal estatal y el movimiento obrero. Según Murmis y Portantiero, en la década del '30, en particular a partir del ascenso de Pinedo como ministro de Economía (1933), se empezaría a gestar una alianza entre los sectores industriales y los hacendados bajo la hegemonía de los segundos. Recién con el fortalecimiento del Estado y la movilización popular que acompaña el peronismo se modificaría la correlación de fuerza de las clases propietarias.⁵ Murmis y Portantiero consideran que ya desde 1930 existía dentro del movimiento obrero una tendencia disponible para participar en una alianza junto con sectores estatales y propietarios industriales.⁶ Sin embargo, a su juicio, recién la experiencia de la década del treinta, de exclusión política e intensa explotación laboral, unificará al conjunto de la clase obrera en la búsqueda de tal alianza. Menos cauteloso, Walter Little afirma que si los militares que encabezaron el golpe de 1930 hubieran procedido como sus camaradas lo hicieron en 1943, la gesta peronista habría ocurrido una década antes.⁷ En diversos grados y matices, estos autores asumen que la clase obrera argentina siempre habría sido reformista, o al menos desde un momento temprano en los años '30.

⁵Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero: *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011, p. 100.

⁶Ibid., p. 138.

⁷Little, Walter: “The popular origins of Peronism”, en Rock, David (ed.): *Argentina in the Twentieth Century*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1975, p. 178.

Esta misma conclusión se deduce de la obra de Nicolás Iñigo Carrera, quien parte de una mirada mecanicista de la historia. A su juicio, mientras el capitalismo argentino se desarrollara en extensión⁸ no habría posibilidades para la emergencia de una conciencia revolucionaria ya que “las clases sociales fundamentales, solo se plantean metas que pueden alcanzar”.⁹ La estrategia de insertarse en el sistema institucional era afín a la que en ese momento comenzaba a desplegar la burguesía, que se corresponde con el desarrollo del capitalismo argentino más en extensión que en profundidad.¹⁰ Como hemos sostenido en otro sitio, esto implica una lectura teológico-del pasado. Parados en el '45, muestran toda la historia previa de la clase obrera argentina como un simple preludio del peronismo.¹¹

Cambia, todo cambia

Matsushita rastrea la evolución de ciertos principios ideológicos del movimiento obrero argentino. En primer lugar, el abandono de la defensa del libre cambio a favor de la reivindicación del proteccionismo. En segundo término, el reemplazo de los principios internacionalistas por el nacionalismo y, finalmente, el pasaje de la prescindencia política a lo que Matsushita llama una “politización no ideologizada”, definida por la no adscripción a ideologías clasistas. En este último punto Matsushita considera que, si bien a inicios de los '30 existían negociaciones de los gremios con el gobierno, esto no puede equipararse a un apoyo político al mismo

⁸Iñigo Carrera, Nicolás: *La estrategia de la clase obrera - 1936*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, 2004, p. 62.

⁹Ibid., p. 290.

¹⁰Ibid., pp. 290-291.

¹¹Quizás por esto Nicolás Iñigo Carrera en su libro parece relativizar la importancia de la Semana Trágica de 1919, mientras que realza el impacto de la huelga general de 1936.

gobierno como luego va a ocurrir bajo el peronismo. La participación en negociaciones con el Estado no implica necesariamente una prefiguración de las relaciones sindicatos-Estado de dos décadas después.

Matsushita muestra que el librecambio no solo era defendido por los socialistas, sino que era un principio fuertemente arraigado entre los dirigentes sindicalistas. Ya en el congreso de la FORA de 1915 se rechazaba el protecciónismo industrial, actitud que se mantiene en los '20 e incluso a inicios de los '30. Comenzando la “década infame”, los sindicalistas no consideraban posible una alianza política con los patrones y cuestionaban las medidas proteccionistas de inicios de la década del '30 (por ejemplo, la que protegía la yerba mate o la industria del calzado) dado que solo habían beneficiado al empresariado, mientras que se habían agravado las condiciones laborales de los obreros. Si bien estaban fuertemente preocupados por el problema del desempleo, no veían en el protecciónismo la solución. Del mismo modo, esta corriente no había manifestado reclamos específicos contra las empresas extranjeras, dado a que colocaba al conjunto de la patronal en un nivel de igualdad: pequeños y grandes empresarios, todos explotaban al obrero. De este modo, ni siquiera la corriente sindicalista puede considerarse como tan claramente disponible para una alianza con la burguesía industrial a inicios de los '30.

Esto empieza a modificarse en la segunda mitad de la década del '30. El impulso para este cambio no proviene de la propia tendencia sindicalista, sino del Partido Socialista y del Partido Comunista. Matsushita analiza las posiciones de los distintos partidos y sus propuestas para el ámbito gremial. Señala cómo, tanto el PC como el PS, profundizan su nacionalismo en la década del '30. El PC por el pasaje a la política de frente nacional antiimperialista. El PS experimenta un giro similar acercándose a posiciones cada vez más nacionalistas, como lo prueba el reingreso al partido de

Alfredo Palacios (expulsado del PS en 1915, entre otros motivos, por nacionalista).

Durante 1936, ambos partidos se involucran en una campaña contra la Ley de Corporaciones de Transporte de la Ciudad de Buenos Aires. En palabras de Matsushita, los comunistas querían participar de este movimiento “como un ejemplo de lucha anti-imperialista en colaboración con los pequeños capitalistas”. Esto a pesar de que la Unión de Tranviarios esperaba mejorar sus condiciones laborales con la Corporación y de que otros dirigentes del movimiento obrero, como Domenech (miembro de la Comisión Directiva de la Unión Ferroviaria), no querían involucrarse en el conflicto porque evaluaban que el mismo era dirigido por propietarios de coches de colectivos e involucraba a pequeños y medianos capitalistas, posición compartida por los sindicalistas. El movimiento pronto queda en manos de un Comité Intersindical contra el monopolio del transporte, integrado principalmente por gremios comunistas. Según Matsushita, este es el primer movimiento anti-monopólico y antiimperialista en que participan los obreros argentinos; a través del mismo, estos identifican sus intereses con los de la nación.

En los años posteriores, el PS iniciará una campaña por nacionalizaciones. Ni la CGT ni la Unión Sindical Argentina se suman a ella, pero sí lo hacen varios gremios. La Federación de Obreros y Empleados Telefónicos pide la nacionalización del servicio telefónico, mientras la Unión Ferroviaria solicita la nacionalización del Ferrocarril Central Córdoba. En contraste, el PC, priorizando la agitación antifascista, decide pasar a un segundo plano su propaganda antiimperialista.

Matsushita ve aparecer otras manifestaciones de la emergencia del nacionalismo dentro del movimiento obrero. Como un hito, señala el hecho de que los obreros municipales, cuyos estatutos sindicales indicaban el carácter no patriótico del gremio, canten el himno en el contexto de una protesta contra la concesión de

un servicio de limpieza a una empresa norteamericana. Del mismo modo, en el acto organizado por la CGT por el primero de mayo de 1938 se canta el himno. Esta tendencia se va a acentuar en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, donde la exaltación símbolos patrios será más frecuente. Matsushita resalta el hecho de que este giro es simultáneo con el que se opera en el PS, en manos de la fracción más moderada, como lo testimonia el hecho de que el Congreso del Partido en noviembre de 1940 se cante el himno y se ize la bandera nacional. Otro reclamo de corte nacionalista, el pedido de que el Estado promocione la industria nacional, va a ser levantado por el PC, así como por el gremio de la construcción orientado por este partido.

Matsushita observa que a mediados del '30 "estaba emergiendo un tipo de nacionalismo que coincidía con la interpretación comunista de la situación del país". Mientras que esta visión nacionalista despertaba indiferencia e incluso hostilidad en la primera mitad de la década, luego ganará consenso progresivamente.

Desde nuestra perspectiva, el gran valor de la obra de Matsushita radica, fundamentalmente, en que describe y analiza cómo los distintos partidos y corrientes ideológicas que orientaban al movimiento obrero argentino impulsaron el desarrollo del nacionalismo en su seno. Mientras que Germani asumía que para el desarrollo de un movimiento obrero nacionalista era necesaria la irrupción de migrantes del interior que rompieran con las ideologías internacionistas, Matsushita nos muestra cómo esas organizaciones supuestamente internacionalistas promovieron el nacionalismo en las filas proletarias.

El rol del PC en este escenario llega a vislumbrarse claramente, pese a que Matsushita probablemente subestime el desarrollo de esta corriente dentro del movimiento obrero.¹² Matsushita señala

¹²Obras posteriores dedicadas al estudio específico del PC pudieron mostrar con mayor claridad su desarrollo en el mundo gremial. Tal el caso de Hernán Camarero: *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el*

que la represión estatal focalizada sobre el PC limitaba el crecimiento de este partido, al igual que había ocurrido previamente con el anarquismo. Pero considera que también la elevada movilidad ascendente en la Argentina dificultaba la inserción de partidos clasistas. A nuestro juicio, Matsushita sobredimensiona esta movilidad ascendente y, por ende, su incidencia en la trayectoria del PC.¹³

mundo del trabajo en la argentina, 1920-1935, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007. Sin embargo, los importantes aportes empíricos de estos trabajos no son equiparados en el plano interpretativo. En particular, la obra de Camarero, en contra de la misma información que presenta, realiza una evaluación incorrecta del resultado de las distintas estrategias desplegadas por el PC, lo que conlleva una mirada crítica de la orientación del período de clase contra clase y, como contrapartida una reivindicación de la política de frente popular. Una crítica a su obra puede verse en: Eduardo Sartelli: “Acerca de éxitos y fracasos” en *Razón y Revolución*, nº 24, 2do. semestre de 2012. La obra que aquí prologamos nos brinda elementos para evaluar de qué manera el PC al abandonar la estrategia de clase contra clase comenzó a construir un programa reformista nacionalista que luego será encarnado por el peronismo.

¹³A nuestro juicio, el régimen de gran industria, es decir, la producción mecanizada, centrada en el sistema de máquinas, ya se venía desarrollando en la Argentina. Esto implicaba, por un lado, cierto grado de crecimiento en profundidad y, por otro, una limitación de la movilidad ascendente. En las ramas donde predominaba la gran industria, la posibilidad de pasaje de obrero a patrón se veía restringida. Esto se ve en ramas tan centrales a la economía argentina como el agro, pero también en otras –calzado, imprenta etc. Pero, el proceso de avance de la gran industria se detiene en torno a la Segunda Guerra Mundial. La guerra y la posguerra, así como el quiebre del mercado mundial dificultan el ingreso de maquinaria a la Argentina con lo cual se frena el proceso a la mecanización y el avance del régimen de gran industria. En consecuencia, se detiene el proceso de centralización, e incluso en ciertos rubros puede haber una reversión parcial de la tendencia previa. La experiencia peronista se monta en un interludio de veinte años donde presenciamos esta curiosa situación. A su vez, las propias políticas económicas desarrolladas por el peronismo refuerzan muchas veces este proceso. Recién en 1960 el contexto económico nacional

Llama la atención que Nicolás Iñigo Carrera coincide con Matsushita acerca del clima ideológico predominante al promediar la década del '30: "Se extendió entre los obreros, entre los trabajadores y entre la pequeña burguesía de la capital un estado de ánimo no solo de descontento antigubernamental (claramente expresado en los resultados electorales) sino también antimonopolista y antifascista, anti imperialista y en cierta medida anticapitalista..."¹⁴ Pero, Iñigo Carrera no dedica una palabra a explicar la forma en que dicho estado de ánimo nace y evoluciona. El mismo parecería surgir por mera generación espontánea. En la medida que elige recortar solo un aspecto de la vida de la clase obrera, sus luchas, no puede pensar cuál es la forma en que evoluciona la conciencia que orienta esas luchas. Es precisamente en este punto que resultan fundamentales los aportes de Matsushita.

La investigación de Matsushita refuta en forma contundente el planteo de Laclau respecto a las corrientes que orientaban el movimiento obrero argentino en general, y al PC en particular. Ni las demandas democrático-populares ni el nacionalismo antiimperialista e internacional permitirá que se reabra verdaderamente la importación masiva de maquinaria y el desarrollo de la gran industria, con todas sus consecuencias, retome un curso ascendente. Muchas consideraciones sobre la elevada movilidad social argentina probablemente trasladen a la década del veinte y del treinta situaciones que efectivamente existieron bajo el especial contexto del peronismo –con proyecciones en los años posteriores, y no necesariamente en la década del treinta. Si se me permite un ejemplo de mi historia familiar, mi abuelo fue obrero de la confección –bien que capataz–, por más de dos décadas, para transformarse en un pequeño patrón recién bajo el peronismo, como tallerista de la confección y proveedor de uniformes para el ejército. Los datos censales avalan esta interpretación. Ver: Torrado, Susana: *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, Ediciones de La Flor, Buenos Aires, 1992 y Kabat, Marina: *Auge y declive de la fabricación nacional del calzado (1940-1960)*, Tesis doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 2008.

¹⁴Iñigo Carrera, op. cit., p. 117, recupera la misma idea en las conclusiones, p. 285.

eran en absoluto ajena al accionar del PC. Como veremos, no es la ausencia de esta orientación lo que puede explicar la derrota del PC frente al peronismo, como sostiene Laclau. Por el contrario, el desarrollo de la misma constituye una de las debilidades programáticas del PC que dificultan un posicionamiento adecuado frente al peronismo. Es más, leyendo la obra de Matsushita, uno puede concluir que el PC –junto al PS y a otras corrientes– educa a los obreros en el reformismo y el nacionalismo, de tal forma que los prepara ideológicamente para la adopción del peronismo. Esto debiera alertar a la izquierda actual, respecto a su propio proceder. Si bien parte de la izquierda puede cuestionar al PC por su tendencia a la conciliación de clases y considerar errónea parte de su estrategia a inicios de los cuarenta, suele atribuir estos problemas al “estalinismo” o la burocratización, sin visualizar que las medidas antiimperialistas que proponen tienden a situar el enfrentamiento principal fuera de las contradicciones de clase.¹⁵

Las tendencias dominantes de la izquierda hoy creen verse inmunizadas, por su trotskismo, de cometer los errores del PC. Sin embargo, un énfasis excesivo en las propuestas de nacionalización, (que olvida que un servicio nacionalizado sigue siendo un servicio en manos de la burguesía) y un análisis estrechamente nacional del desarrollo industrial, constituyen hoy debilidades programáticas que facilitan el avance político del bonapartismo kirchnerista.¹⁶

Partidos, dirigentes y bases obreras

¹⁵Por ejemplo, Peña señala que la política del frente popular lleva el confusiónismo a las filas obreras, al tiempo que reclama una profundización de la política antiimperialista, op. cit., pp. 470-478.

¹⁶Para una crítica más detallada de la política de la izquierda ante la nacionalización de YPF, véase: Juan Korblihtt: “Riqueza ajena. Los planes del gobierno para la nueva YPF”, *El Aromo*, n° 66, mayo-junio de 2012, disponible en: <http://goo.gl/U1SM4w>.

Hoy en día constituye una crítica habitual a los “estudios tradicionales” de la clase obrera argentina el cuestionamiento a una preocupación exclusiva por lo que las instituciones o los dirigentes hacían o decían en abstracción del comportamiento de las masas obreras. Esta acusación ciertamente no le cabe a la obra de Matsushita, siempre atento al apoyo o rechazo de las bases respecto a acciones de los dirigentes. Matsushita estudia las orientaciones ideológicas partidarias y cómo impactan en la política desarrollada por las centrales sindicales y los gremios particulares. Pero analiza también las posiciones de dirigentes intermedios y delegados. Se preocupa por dar cuenta de los casos en que la dirección sindical toma decisiones luego revocadas en asamblea, e incluso intenta discernir, cuando esto es posible, en qué casos los delegados votaban siguiendo su propia posición o el mandato de sus bases.

Ocurre que en muchos estudios recientes esta exacerbada preocupación por las posiciones de las bases se encuentra vinculada a una posición populista, con cierto matiz autonomista que en realidad niega toda agencia a las entidades partidarias. Desde esta perspectiva, estudiar el comportamiento de las bases implica necesariamente un abordaje metodológico que reivindica la historia oral como método privilegiado. Paradójicamente, esta corriente confluye con otra que hemos caracterizado como mecanicista y que analiza las luchas de la clase obrera como prácticamente la única instancia legítima a ser estudiada, luchas que son analizadas “en sí mismas”. Es decir, en abstracción de la orientación y preparación que los distintos partidos y corrientes gremiales buscan darle. Por nuestra parte, consideramos no solo legítimo sino central el campo de indagación histórica vinculado con las orientaciones ideológicas del movimiento obrero. La investigación de Matsushita, desarrollada con especial habilidad y oficio, constituye un modelo ejemplar dentro de este campo de estudios.

